

**PROFUNDIDAD, UNIVERSALIDAD Y  
MINISTERIO INTELECTUAL:  
RETOS PARA LA EDUCACIÓN SUPERIOR**

“Redes para la Educación Superior Jesuita:  
configurar un futuro para un mundo humano, justo, y sostenible”.

*Adolfo Nicolás, S.J.*  
Ciudad de México, 23 abril 2010.

Me complace estar con vosotros esta mañana, en una ocasión tan señalada, con colegas de casi 200 Instituciones de Educación Superior, bajo el estandarte de la Compañía de Jesús, reunidos para reflexionar sobre la importancia de la Educación Superior Jesuita y su futuro.

Me alegra saludaros —colaboradores en la misión y ministerio de la Compañía de Jesús, Jesuitas, amigos de la Compañía, y de la Educación Superior Jesuita. Y a los estudiantes que estáis presentes. Doy las gracias al Padre José Morales, Presidente de la *Iberoamericana*, y al personal de la *Iberoamericana*, por su hospitalidad y sus extraordinarios esfuerzos para asegurar la organización de esta Conferencia. Finalmente agradezco a todos vuestra participación en la Educación Superior Jesuita y en esta Conferencia, para la cual antes de venir habéis escrito excelentes informes que han servido para dar vida a los debates.

Para simplificar el lenguaje usaré el término “universidades” cuando me refiero al amplio abanico de instituciones de Educación Superior, representadas en esta asamblea, que van desde centros especializados de investigación e institutos técnicos, a facultades y universidades grandes y complejas.

En los dos últimos años de servicio, he viajado a muchas partes del mundo para reunirme con jesuitas y colaboradores, y siempre he dejado bien claro que tengo más interés --un gran interés-- en escuchar y aprender, que en hablar desde las alturas—solemnes—del Borgo Santo Espíritu, 4. Traigo también ese espíritu a este encuentro de Educación Superior Jesuita. Al escuchar ayer vuestros debates sobre los retos regionales y los tres retos de frontera que elegisteis como tema, pude constatar que ya tratáis muchos de los “serios problemas contemporáneos” que el Papa Juan Pablo II ha identificado en su Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae*, y que lo hacéis con profundidad de pensamiento, imaginación y convicción moral y espiritual, que caracterizan la educación católica y jesuita como su mejor rasgo.

Lo que yo deseo comunicaros esta mañana, por tanto, debe ser tomado como una contribución desde mi perspectiva a lo que espero que sea un diálogo fluido y profundo sobre el futuro de la Educación Superior Jesuita. Mi experiencia es que las personas de la universidad, especialmente sus presidentes, no son tímidos a la hora de compartir con otros sus puntos de vista, así que confío en que según continuáis tratando temas importantes, vuestro diálogo será, como mínimo, vivo y pleno de sentido.

El tema de nuestra Conferencia --“*Redes para la Educación Superior Jesuita: Configurar el futuro para un mundo humano, justo, y sostenible*”, lleva consigo una propuesta audaz. Sugiere que tenemos hoy una extraordinaria oportunidad de ayudar a configurar el futuro, no solamente de nuestras instituciones, sino del mundo, y que la manera de hacerlo es a través de “redes”. Esa palabra, “redes”, tan usada en nuestros días, es en realidad típica del “nuevo mundo” en el que vivimos—un mundo que tiene como principal característica lo que el Papa Benedicto XVI llama “*el estallido de la interdependencia planetaria*, ya comúnmente llamada globalización”.<sup>1</sup>

La CG 35 también contempló nuestra interconexión como el nuevo contexto para entender al mundo y discernir nuestra misión. Soy consciente de que la palabra “globalización” tiene diferentes significados y despierta reacciones distintas en gentes de culturas diversas. Mucho se ha debatido sobre los aspectos positivos y negativos de la globalización, y no es necesario que los recuerde aquí. Más bien deseo invitaros a que reflexionemos juntos sobre esta pregunta: ¿Cómo nos desafía este nuevo contexto a reorientar en cierta forma, la misión de la Educación Superior Jesuita?

Representáis instituciones muy diferentes de todas las partes del mundo, al servicio de estudiantes, regiones y países, con muy distintas culturas, religiones y recursos, con papeles regionales y locales también claramente diversos. Es obvio que el tema del reto de la globalización para la misión jesuita en la Educación Superior tiene que ser respondido por cada institución en sus circunstancias específicas, sociales, culturales y religiosas. Pero quiero poner de manifiesto que el tema pide una respuesta común y universal, basada naturalmente en vuestras diversas perspectivas culturales, y teniendo en cuenta la Educación Superior jesuita en su totalidad, como sector apostólico.

¿Cómo entonces este nuevo contexto de globalización, con las interesantes

---

<sup>1</sup> *Caritas in Veritate*, n. 33

posibilidades y con los serios problemas que ha traído al mundo, presenta un reto a la Educación Superior Jesuita, de tal manera que tiene que redefinir o al menos re-dirigir su misión? Me gustaría invitaros a considerar tres retos distintos, pero relacionados entre sí, para nuestra misión compartida, que presenta este nuevo “estallido de interdependencia”. Primero promover la profundidad de pensamiento y la imaginación. Segundo, redescubrir y cumplir con nuestra “universalidad” en el sector de la Educación Superior Jesuita. Tercero, renovar el compromiso jesuita con el ministerio intelectual.

## **PROMOVER LA PROFUNDIDAD DE PENSAMIENTO E IMAGINACIÓN**

Voy a comenzar directamente con lo que considero un efecto negativo de la globalización, lo que yo llamo la globalización de la superficialidad. Me dicen que soy el primer General jesuita que usa el e-mail y navega por la web, y así espero que lo que voy a decir no se interprete erróneamente como falta de estima hacia las nuevas tecnologías de la información y comunicación y sus muchas posibilidades y contribuciones positivas.

Sin embargo creo que todos vosotros tenéis experiencia de lo que yo llamo globalización de la superficialidad y cómo afecta a miles de jóvenes que nos son confiados en nuestras instituciones. Cuando se puede acceder a tanta información tan rápidamente y sin esfuerzo; cuando podemos expresar y publicar al mundo las reacciones propias de forma tan inmediata y sin pensar, en nuestro propio blog, cuando la última columna de opinión del *New York Times* o de *El País*, o el más reciente video viral puede propagarse tan rápidamente a medio mundo, influyendo en sus percepciones y sentimientos, entonces el arduo y costoso trabajo del pensamiento serio y crítico queda frecuentemente anulado.

Se puede “cortar y pegar” sin necesidad de pensar críticamente o escribir con precisión, o llegar con seriedad a las propias conclusiones. Cuando bellas imágenes de mercaderes de sueños consumistas invaden las pantallas de nuestros ordenadores, o el sonido estridente o desagradable del mundo se puede suprimir con nuestro reproductor MP3, entonces nuestra visión, nuestra percepción de la realidad, nuestros propios deseos pueden también ser superficiales. Cuando podemos establecer amistades tan rápidamente y sin esfuerzo con meros conocidos, o del todo desconocidos, en el propio mundo social—y cuando podemos fácilmente romperlas sin el menor trabajo, y sin pasar por la confrontación y la reconciliación—entonces las relaciones pueden llegar a ser meramente superficiales.

Cuando uno se siente abrumado con tan vertiginosa posibilidad de elección y valores, creencias y visiones de la vida, es fácil caer en la superficialidad cómoda del relativismo o de la mera tolerancia de los demás y de sus creencias, en lugar de dedicarse al arduo trabajo de formar comunidades para el diálogo buscando la verdad y la comprensión. Es más fácil hacer lo que te dicen que estudiar, orar, arriesgarse, o discernir la elección.

Creo que los retos que presenta la globalización de la superficialidad—superficialidad de pensamiento, visión, sueños, relaciones, convicciones—a la Educación Superior Jesuita, exigen un análisis profundo, reflexión, y discernimiento, para lo cual no tenemos tiempo esta mañana. Lo que quiero destacar aquí es mi preocupación porque nuestras nuevas tecnologías, junto con los valores subyacentes, tales como el relativismo moral y el consumismo, están dando forma a los mundos interiores de muchos, especialmente de jóvenes a los que estamos educando, limitando así la plenitud de su desarrollo como personas humanas, y sus respuestas a un mundo que necesita recuperar la salud intelectual, moral y espiritual.

Necesitamos entender más inteligente y profundamente este complejo mundo interior, creado por la globalización, para poder así responder adecuada y decididamente, como educadores, y neutralizar los efectos dañinos de esa superficialidad. Porque un mundo de globalización superficial del pensamiento significa un reinado sin oposición del fundamentalismo, del fanatismo, de la ideología, y de todas las desviaciones del pensamiento, que causan sufrimientos a tantas personas. La percepción limitada y poco fundada de la realidad, hace casi imposible sentir compasión por el sufrimiento de los demás; y la satisfacción inmediata de los deseos, o la pereza para implicar la propia lealtad interior en cuestiones que la reclaman, dan como resultado la incapacidad para comprometer la propia vida en algo que merezca la pena. Estoy convencido de que este tipo de procesos son la causa de la falta de humanidad que ya estamos comenzando a experimentar. Las personas pierden la costumbre de implicarse con la realidad: es un proceso de deshumanización que puede ser gradual y silencioso, pero muy real. La gente pierde su cultura, sus puntos de referencia.

La globalización de la superficialidad desafía a la Educación Superior Jesuita a promover, con nuevas formas creativas, la profundidad del pensamiento e imaginación, que son las características de la tradición ignaciana.

No tengo duda de que todas nuestras universidades se esfuerzan en lograr la excelencia en la enseñanza, el aprendizaje y la investigación. Quiero

encuadrar esto en el contexto de la tradición ignaciana de “profundidad de pensamiento e imaginación.” Esto significa que intentamos que nuestros estudiantes superen la mera excelencia en su formación profesional para llegar a ser educados como “personas completas con una solidaridad bien informada”, como ya hizo notar el Padre Kolvenbach<sup>2</sup>. Quizás lo que quiero decir se exprese mejor reflexionando un poco sobre “pedagogía” en la contemplación de los misterios de la vida de Jesús, de los Ejercicios Espirituales--- pedagogía que Ignacio más tarde aplicó a la educación jesuita.

Podemos llamar a esta “pedagogía” de la contemplación ignaciana, el ejercicio de la imaginación creativa. La imaginación trabaja, en cooperación con la memoria, como ya sabemos de los Ejercicios. Es muy apropiado el término inglés usado para los actos de la facultad de la memoria, *to remember*, recordar.

Imaginad un rompecabezas gigante, con vuestra cara en el centro. Ahora Ignacio nos pide que lo deshagamos en trozos pequeños, esto es, DIS-cordar (disgregar). Y esto es lo que hace Ignacio: separar el ver, del oír, del tocar, del gustar, del oler, etc... Comenzamos a RE-cordar—a través de una imaginación activa y creativa—a reconstruirnos a nosotros mismos, como reconstruimos las escenas de Belén, las escenas de Galilea, las escenas de Jerusalén. Comenzamos el proceso de Re-creación. Y en este proceso, estamos recordando. Es un ejercicio. Al final del proceso, - cuando el rompecabezas está de nuevo terminado- la cara ya no es la nuestra sino el rostro de Cristo, porque estamos reconstruyendo algo diferente, algo nuevo. Este proceso culmina con nuestra transformación personal, al encontrarse la realidad más profunda del amor de Dios en Cristo.

La imaginación ignaciana es un proceso creativo que llega al fondo de la realidad y comienza a recrearla. La contemplación ignaciana es una herramienta poderosa y es un cambio desde el hemisferio izquierdo del cerebro al derecho. Pero es esencial entender que *imaginación* no es lo mismo que *fantasía*. La fantasía es una huída de la realidad hacia un mundo donde creamos imágenes. La imaginación *se aferra* a la realidad.

En otras palabras, la profundidad de pensamiento e imaginación en la tradición ignaciana lleva consigo un compromiso profundo con lo real, un rechazo a dejarse llevar hasta que se llega debajo de la superficie. Es un

---

<sup>2</sup> Rev P. Peter-Hans Kolvenbach SJ, “El Servicio de la Fe y la Promoción de la Justicia en la Educación Superior Americana”. Conferencia en la Universidad de Santa Clara, 6 Oct, 2000. Véase también Kolvenbach “La Universidad Jesuita a la Luz del Carisma Ignaciano”, conferencia no publicada den el Encuentro de Educación Superior Jesuita, en Roma, 27 de mayo, 2001.

análisis cuidadoso (desmenuzar) como medio para una integración (recordar) sobre lo que es más profundo: Dios, Cristo, el Evangelio. El punto de partida, pues, será siempre la realidad, lo que materialmente, concretamente, pensamos que está allí; el mundo como lo conocemos, el mundo de los sentidos descrito con tanta viveza en los mismos Evangelios, un mundo de sufrimientos y de necesidades, un mundo roto, con muchas gentes también rotas, que necesitan curación. Partimos desde ahí. No huimos de ahí. Y entonces Ignacio nos guía a nosotros y a nuestros alumnos de centros educativos jesuitas, como hizo con sus ejercitantes, para que lleguemos a las profundidades de esa realidad. Más allá de lo que podemos percibir inmediatamente, él nos conduce a ver la oculta presencia y acción de Dios, en lo que vemos, tocamos, olemos y sentimos. Y ese encuentro con lo que es más profundo cambia a la persona.

Hace años, el Ministerio de Educación de Japón llevó a cabo un estudio, y constataron que la educación moderna japonesa había logrado grandes avances en ciencia y tecnología, matemáticas y desarrollo de la memoria. Pero, en una honesta evaluación, vieron también que flojeaba en imaginación educativa, creatividad y análisis crítico. Estos son, especialmente, tres puntos esenciales en la educación jesuita.

La creatividad puede ser una de las características más necesarias en los tiempos actuales —creatividad auténtica, no el seguir meramente un eslogan o repetir lo que hemos oído o lo que hemos visto en Wikipedia. La creatividad auténtica es un proceso activo, dinámico, que busca respuestas a preguntas reales, buscando alternativas a un mundo desgraciado que parece marchar por caminos que nadie controla.

Cuando enseñaba Teología en Japón, pensaba que lo más importante era comenzar con la teología pastoral—la experiencia básica—porque no podemos pedir a una comunidad, que ha sido educada y ha crecido con diferentes tradiciones, que comience con la teología especulativa. Pero en la aproximación a la teología pastoral, estaba realmente perplejo ante la creatividad: ¿qué hace que un pastor sea creativo?, me preguntaba mí mismo. Llegué a comprender que con mucha frecuencia aceptamos dilemas donde no los hay. De vez en cuando nos enfrentamos a un dilema auténtico: no sabemos qué elegir, y pensamos que lo que elijamos va a ser equivocado. Pero estas situaciones son pero que muy raras. Con más frecuencia las situaciones parece que son dilemas, porque no queremos pensar creativamente, y lo dejamos estar. La mayoría de las veces hay una solución, pero requiere esfuerzo de imaginación. Requiere la posibilidad de ver otros modelos, otros esquemas.

Al estudiar este tema he encontrado un concepto, desarrollado por psicólogos, especialmente positivo: la conciencia flotante. Los psicólogos estudian a Sigmund Freud, Erich Fromm y otros de diversas escuelas de psicología, para desarrollar lo que llaman “conciencia flotante”. Cuando los psicólogos reciben a un paciente y hacen su diagnóstico, escogen algunos de los diferentes métodos que ayuden al paciente, y deciden el que les va ayudar más. Y pienso que esto es exactamente lo que un Padre Espiritual debería hacer. Y deseo que tengamos esta conciencia flotante cuando celebremos la liturgia: la posibilidad de ver a la comunidad y escoger lo que más necesita. Es un concepto útil también cuando se trata de la educación.

Me parece que tenemos problemas en la Compañía con la formación, porque quizás nuestra conciencia flotante no está bien desarrollada. Durante 20 años hemos estado recibiendo vocaciones para la Compañía, desde grupos que antes no las ofrecían: grupos tribales, “dalits” en India, y desde otras comunidades marginales. Las recibimos con gozo porque nos hemos acercado a los pobres y los pobres se han acercado a nosotros. Es una maravillosa forma de diálogo.

Pero también sentimos una desventaja. ¿Cómo formamos a estas personas? Pensamos que no tienen suficiente base educativa, y por eso les alargamos un año o dos más los estudios. No creo que esta sea la respuesta adecuada. La respuesta acertada es preguntarse ¿De dónde vienen?, ¿Cuál es su acervo cultural? ¿Qué clase de conciencia de la realidad traen consigo? ¿Cómo entienden las relaciones humanas? Tenemos que acompañarlos de una manera diferente. Pero para esto necesitamos una amplia imaginación y creatividad—una apertura hacia otras maneras de ser, de sentir, de relacionarse.

Acepto que la dictadura del relativismo no es buena. Pero hay muchas cosas relativas. Si hay una cosa que he aprendido en el Japón es que el ser humano es un misterio de tal dimensión que nunca podemos comprender del todo a una persona. Tenemos que movernos con agilidad, con apertura, entre los diferentes modelos para que podamos ayudar a las personas. Y en educación considero que este es el reto central.

Nuestras Universidades están ahora educando a una población que no sólo es diversa en si misma, sino que es totalmente diferente de la generación anterior. Con el cambio generacional y cultural, la mentalidad, las preguntas y preocupaciones son muy diferentes. Y por ello no podemos seguir ofreciendo un solo modelo educativo.

Como he dicho antes nuestro punto de partida será siempre la realidad. Y dentro de la realidad buscamos el cambio y la transformación, porque eso es lo que Ignacio quería del ejercitante, y lo que quería por medio de la educación, del ministerio, que los ejercitantes y los demás puedan ser transformados.

De igual manera la educación jesuita debería cambiarnos a nosotros y a nuestros estudiantes. Nosotros, educadores, estamos en un proceso de cambio. No existe ningún encuentro real que no nos afecte. ¿Qué clase de relación tenemos con nuestros alumnos si nosotros no hemos cambiado? Y lo que significa cambio en nuestras instituciones es “en quién se convierten nuestros alumnos”, qué valoran positivamente, y qué hacen más tarde con sus vidas y su trabajo. Por decirlo de otra manera, en la educación jesuita, la profundidad del aprendizaje e imaginación acompañan, e integran, el rigor intelectual con la reflexión sobre la experiencia de la realidad, junto con la imaginación creativa, para trabajar por construir un mundo más humano, justo, sostenible y lleno de fe. La experiencia de la realidad incluye un mundo roto, especialmente el mundo de los pobres, que espera su sanación. Con esta profundidad nosotros también podremos reconocer a Dios, que trabaja ya en nuestro mundo.

Imaginad los miles de graduados que salen de nuestras universidades jesuitas cada año, terminados sus estudios. ¿Cuántos de los que salen de nuestra institución lo hacen tanto con competencia profesional como con la experiencia de haber sentido de alguna manera, durante su tiempo con nosotros, la profundidad de un compromiso con la realidad, que los ha transformado en lo más íntimo? ¿Qué más necesitamos para asegurarnos de que no estamos simplemente poblando el mundo con superficialidades brillantes y cualificadas?

## **RE-DESCUBRIR LA UNIVERSALIDAD**

Deseo ahora tratar un segundo reto del nuevo mundo globalizado para la Educación Superior Jesuita. Uno de los aspectos más positivos de la globalización es que ha hecho realmente posible la comunicación y cooperación, con una facilidad y a una escala, que eran inimaginables hace solo una década. El Santo Padre, en su alocución a la CG 35, describió nuestro mundo como “un mundo de más intensas comunicaciones entre los pueblos, de nuevas posibilidades para las relaciones y el diálogo, y de un profundo deseo de paz”. Como los límites tradicionales han sido cuestionados por la globalización, nuestros conceptos más estrechos de la identidad, de la pertenencia y responsabilidad, han sido redefinidos y ampliados. Ahora más que nunca, vemos que en toda nuestra diversidad,

somos de hecho una única humanidad, enfrentada a problemas y retos comunes, y como ha expresado la CG 35, “tenemos una responsabilidad común por el bienestar de todo el mundo, y por su desarrollo de una manera sostenible y alentadora de la vida”<sup>3</sup>. Y las realidades positivas que la globalización nos trae, junto con el sentido de pertenencia y responsabilidad común, numerosos medios para trabajar juntos, si somos creativos y valientes para usarlos.

En el mundo universitario actual sé que muchos experimentáis esta quiebra de los límites tradicionales porque nos piden ahora que seamos internacionales, para ser reconocidos como universidades de calidad—con cierta razón. Muchos de vosotros habéis abierto con éxito campus o sucursales en otros lugares, o habéis establecido programas de intercambio que permitan a los estudiantes o miembros del profesorado estudiar o trabajar en el extranjero, para conocer y apreciar otras culturas, y aprender de y con pueblos de diversas culturas.

Cuando viajo, me preguntan con frecuencia porqué el número de jesuitas que trabajan en centros sociales o en el apostolado social ha disminuido. Somos bastantes menos que antes. Esto es cierto. Pero también en nuestros centros de enseñanza tenemos menos jesuitas. Y sin embargo, en nuestras universidades y escuelas tenemos más programas que antes, con relevancia social. Cuando visité California al año pasado—mi primera visita a Estados Unidos—me animó mucho ver que en cada una de nuestras escuelas existía un programa externo, una ampliación de horizontes, que lleva estudiantes a otros países, a otros continentes, para ampliar su conciencia y sensibilidad por los demás.

También habéis podido recibir más estudiantes internacionales en vuestras propias universidades, y estos intercambios culturales y experiencias estoy seguro que enriquecen la calidad académica y la enseñanza en vuestras instituciones, y también os ayudan a clarificar vuestra propia identidad y misión como Universidades Católicas Jesuitas. La internacionalización ayuda a vuestras universidades a ser mejores. Pero no es en esto donde quiero poner ahora el énfasis. Lo que quiero destacar procede de vuestros debates de ayer. Divido mi argumentación en tres partes.

Primero, estoy seguro de que todos estaréis de acuerdo con el Papa Juan Pablo II, que en *Ex Corde Ecclesiae* observaba que además de la calidad de enseñanza e investigación, toda universidad católica está también llamada a ser un instrumento, eficaz y responsable, de progreso para los individuos y

---

<sup>3</sup> CG 35, Decreto 2, nº 20

para la sociedad.<sup>4</sup> Para Ignacio todo ministerio es crecimiento, transformación. No hablamos de progreso en términos materiales sino del progreso que se supone experimenta la persona, a través de una serie de experiencias, creciendo y aprendiendo de cada una de ellas. Ya se que, de maneras diferentes, cada universidad jesuita se esfuerza en lo que Ignacio Ellacuría, Rector de la Universidad Jesuita Simeón Cañas, que fue martirizado hace 20 años, llamaba un *proyecto social*<sup>5</sup>. Una universidad se convierte en un proyecto social. Cada institución representada aquí, con sus ricos recursos de inteligencia, conocimiento, talento, visión y energía, movida por su compromiso al servicio de la fe y promoción de la justicia, busca encuadrarse en la sociedad, no sólo para formar profesionales, sino para convertirse en una fuerza cultural, que defiende y promueve la verdad, la virtud, el desarrollo y la paz en esa sociedad. Podríamos decir que cada universidad está comprometida a *Caritas in Veritate*—a promover amor y verdad—verdad que se manifiesta en la justicia, en nuevas relaciones... Estaríamos aquí todo el día si quisiera enumerar todo lo que hacéis por vuestras regiones o países, todos los programas e iniciativas en educación pública, salud, vivienda, derechos humanos, paz y reconciliación, protección del medio ambiente, micro- finanzas, respuesta a desastres, gobierno, diálogo interreligioso, y otros puntos similares.

Segundo: sin embargo, hasta ahora en gran parte lo que vemos es que cada universidad, cada institución está trabajando como *proyecto social* por sí misma o en una red nacional o regional. Y esto, creo yo, no aprovecha suficientemente las ventajas que nuestro mundo globalizado ofrece, como posibilidad de mayor servicio. La gente habla de la universidad jesuita o de la educación superior. Reconocen “los parecidos familiares” entre Comillas en Madrid y Sanatadharma en Jogiakarta, entre la Javeriana de Bogotá y el Colegio Loyola de Chennai, entre San Pedro en Jersey City y San José de Beirut. Pero en realidad sólo hay una comunidad de inspiración ignaciana y no una coherente “red universitaria jesuita”. Cada una de nuestras instituciones funciona con relativa autonomía, respecto a las demás, y como resultado, el impacto de cada una como *proyecto social* es limitado. La CG 35 observó que “en este contexto global, es importante señalar el extraordinario potencial que representa nuestro carácter de cuerpo internacional y multicultural”<sup>6</sup>. Me parece que hasta ahora *no* hemos hecho uso pleno de este “extraordinario potencial” para el servicio “universal” como instituciones de enseñanza superior. Creo que este es precisamente el punto central de muchas de vuestras presentaciones y de su interés aquí.

---

<sup>4</sup> *Ex Corde Ecclesiae*, n. 32

<sup>5</sup> En castellano en el original

<sup>6</sup> CG35, Decreto 3, n. 43

Esto me lleva a mi tercer y más importante punto. ¿No podemos ir más allá de la relación cercana pero autónoma que ahora mantenemos como instituciones, y reimaginar y reorganizarnos de tal manera que, en este mundo globalizado, podamos llevar a cabo más eficazmente la “universalidad” que ha sido siempre parte de la visión que Ignacio tenía de la Compañía? ¿No es ahora la ocasión de hacerlo? Ciertamente las palabras de la CG35 utilizadas para describir la Compañía de Jesús como un todo, se aplican también a las universidades jesuitas de todo el mundo:

“El nuevo contexto de la globalización requiere de nosotros actuar como un cuerpo universal con una misión universal, constatando, al mismo tiempo, la radical diversidad de nuestras situaciones. Buscamos servir a los demás en todo el mundo, como una comunidad de dimensiones mundiales y, simultáneamente, como una red de comunidades locales.”<sup>7</sup>”

Para concretar, ahora existen las organizaciones regionales de cooperación en la misión, entre las universidades jesuitas, pero el reto es ampliarlas y formar una red internacional más universal, más eficaz, de la Educación Superior Jesuita. Si cada universidad, trabajando por si misma como *proyecto social* es capaz de hacer mucho bien en la sociedad, ¿no podríamos hacer mucho más si ampliamos el objetivo de nuestro servicio al mundo, si todas las instituciones jesuitas de Educación Superior, forman, por así decirlo, un *proyecto social* único global? Así se extiende ya esta conciencia, que todos nosotros tenemos.

Antes de venir aquí me reuní con los Provinciales de África en Roma; algunos Provinciales de Iberoamérica estaban también presentes. Dos de ellos me dijeron: “Ya que va usted a Méjico para esta reunión, ¿podría decirles a los directores y decanos y a las universidades que compartan los recursos que tienen? Para los que solo tenemos instituciones incipientes — si pudiéramos tener acceso a bibliotecas y recursos, que se ofrecen en las universidades con tradición, con experiencia y recursos que nosotros no tenemos, sería una ayuda realmente grande”.

Como ya sabéis, la Compañía de Jesús está pasando de tener un Instituto Histórico en Roma a tener pequeñas sucursales por todo el mundo. Espero que estas ramas puedan formar una red, porque este es el tiempo en que cada cultura, cada grupo, puede tener su propia voz sobre su historia—y no que los europeos interpreten la historia de todos los demás. En Roma, vamos a trabajar en nuestros propios archivos para reproducir, digitalizar, y

---

<sup>7</sup> CG35, Decreto 2, n. 20

hacer lo que podamos para que el material se pueda compartir con otros centros. De igual manera, sería un espléndido servicio si las universidades que poseen fondos enormes de materiales, bibliotecas, etc., pudieran abrirlos a las universidades, que no pueden esperar diez años para formar una biblioteca.

Vuestra presencia en esta Conferencia indica la apertura hacia una dimensión más universal de vuestra vida y servicio como universidades. Espero, sin embargo, que podamos ir, de las conferencias y debates, como los que tuvimos ayer, hacia la formación de un consorcio entre nuestras universidades, centrado en responder juntos a algunos de los “retos de frontera” de nuestro mundo, que tienen un carácter supra-nacional o supra-continental. Los tres grupos de debate en los que participasteis ayer pueden servir como punto de partida de tales tres consorcios.

Primero, un consorcio para enfrentarse creativamente al reto de un emergente y agresivo “nuevo ateísmo”. En Europa no usan ese término. Usan el “nuevo laicismo agresivo”, que es muy anticlerical. Es interesante que Japón haya sido laico durante 300 o 400 años, con total separación de la Iglesia y del Estado, pero tienen un laicismo pacífico y respetuoso con las religiones. En Europa he encontrado un secularismo muy agresivo, no pacífico. El laicismo sin paz tiene que ser anti-algo, o contra alguien. ¿Cómo hemos llegado a esto? Lo vemos particularmente en países que han sido muy católicos, España, Italia, Irlanda. En esos países el laicismo va contra la presencia histórica de la Iglesia, muy poderosa e influyente. Estos nuevos ateísmos sin embargo no se limitan al Norte y Oeste industrializados; afectan a otras culturas y fomentan un alejamiento generalizado de la religión, con frecuencia generado por falsas dicotomías entre ciencia y religión.

En segundo lugar, un consorcio centrado en un análisis más adecuado y eficaz y en soluciones más duraderas para la pobreza mundial, la desigualdad y otras formas de injusticia. En mis viajes hay una cuestión que surge una y otra vez. ¿Cuáles son los retos de la Compañía? La única respuesta es: los retos del mundo. No hay otros retos. El reto es la búsqueda de sentido: ¿merece la pena vivir la vida? Y los retos de la pobreza, la muerte, el sufrimiento, la violencia y la guerra. Esos son nuestros retos. ¿Qué podemos hacer nosotros?

Y en tercer lugar, un consorcio centrado en nuestra preocupación compartida por la degradación medioambiental, que afecta más directa y dolorosamente a las vidas de los pobres, con vistas a hacer posible un futuro más sostenible para nuestro mundo.

Este tercer consorcio podría reforzar la red ecológica ya existente, bajo la dirección del Secretariado para la Justicia Social y Ecología de la *Curia Generalicia*. Hemos sido bendecidos con un Secretario con imaginación y muy activo, que está hoy aquí. Y estamos desarrollando una sección de justicia social y ecología. Esto podría ser un referente para esta red. Permittedme que termine este apartado recordando que las universidades, como tales, aparecen muy tarde en el proyecto de Ignacio sobre cómo la Compañía de Jesús iba a cumplir su misión en la Iglesia. Es llamativo que en las Constituciones, Ignacio deja claro porqué se ha decidido por la idea de lo que él llama “Universidades de la Compañía”: La Compañía de Jesús acepta el “cargo de universidades” para que los “beneficios” de “mejorar la enseñanza y la vida...se extiendan más universalmente”<sup>8</sup> El *Bien más universal* es lo que mueve a Ignacio a aceptar la responsabilidad de las universidades. Con todos los medios que la globalización posibilita, unas redes más eficaces de la forma que he descrito, nos permitirán extender los beneficios de la Educación Superior Jesuita más universalmente en el mundo de hoy.

### III- MINISTERIO INTELECTUAL

En cierto sentido lo que yo ha descrito hasta aquí como retos a la Educación Superior Jesuita en este mundo globalizado, corresponde a dos de las clásicas funciones de la universidad. En cuanto a las universidades como lugares de enseñanza, he destacado la necesidad de promover la profundidad de pensamiento e imaginación. En cuanto a las universidades como centros de servicio he invitado a moverse más decididamente hacia redes internacionales centradas en problemas supranacionales importantes. Esto nos deja con la función de la investigación —la genuina búsqueda de la verdad y del conocimiento—pero que hoy también se denomina “producción del conocimiento”—un tema que en el mundo universitario actual ha generado muchos debates sobre cuestiones como las formas de investigar y su comunicación, sobre los centros de la producción del conocimiento, áreas de estudio y objetivos de la investigación.

Estaréis de acuerdo conmigo, en que si somos fieles a nuestra herencia ignaciana, la investigación en nuestras universidades debe siempre, y en última instancia, concebirse en términos de lo que la CG 34 llama “ministerio intelectual” o “apostolado intelectual” (esto es lenguaje jesuita. Y un punto tangencial, pero importante, es indicar que el apostolado intelectual, es a veces un término confuso, que se aplica a todas las Obras y

---

<sup>8</sup> Constituciones de la Compañía de Jesús, n. 440

Apostolados jesuitas.)

Se requieren todas las virtudes del ejercicio riguroso del entendimiento: “el aprendizaje y la inteligencia, imaginación e ingenuidad, estudios sólidos y análisis riguroso”<sup>9</sup>. Y sin embargo es siempre “ministerio” o “apostolado”: al servicio de la fe, de la Iglesia, de la familia humana, y del mundo creado, que Dios quiere llevar más y más a su Reino de vida y de amor. Es siempre investigación que tiene por objeto marcar una diferencia en la vida de la gente, en lugar de ser simplemente una conversación recóndita entre miembros de un cerrado grupo elitista. De nuevo estoy seguro de que si fuera a enumerar todo el trabajo científico riguroso y el debate que se lleva a cabo en las universidades jesuitas para enfrentarse a los “serios problemas contemporáneos” que Juan Pablo II enumera en *Ex corde Ecclesiae*—es decir la “dignidad de la vida humana, la promoción de la justicia para todos, la calidad de la vida personal y familiar, la protección de la naturaleza, la búsqueda de la paz y estabilidad política, una reparto más justo de los recursos mundiales, y un nuevo orden económico y político, que sirva mejor a la comunidad humana a nivel nacional e internacional”<sup>10</sup>—si yo quisiera, repito, enumerar lo que se ha hecho, el tiempo que me concedéis no sería suficiente, y ¡vosotros y yo perderíamos la cabeza en el proceso!

De acuerdo con mi enfoque en toda esta reflexión me gustaría ahora preguntar ¿Qué retos presenta la globalización al “ministerio intelectual” de la investigación en las universidades jesuitas? Propongo dos.

En primer lugar un reto importante al ministerio intelectual de nuestras universidades proviene hoy del hecho de que la globalización ha creado “sociedades del conocimiento”, en las cuales el desarrollo de las personas, culturas y sociedades depende estrechamente del acceso al conocimiento, para poder crecer. La Globalización ha creado nuevas desigualdades entre los que gozan del poder que les ha dado ese conocimiento, y los que están excluidos de sus beneficios porque no tienen acceso a él. Así nos tenemos que preguntar ¿quién se beneficia del conocimiento generado en nuestras instituciones, y quién no? ¿Quién necesita el conocimiento que nosotros proporcionamos, y cómo podemos compartirlo de manera eficaz con aquellos para los que ese conocimiento puede realmente marcar la diferencia, especialmente los pobres y marginados? Tenemos también que hacer algunas preguntas concretas sobre el profesorado y los alumnos. ¿Cómo se han convertido en voz de los sin voz, en fuentes de derechos humanos para aquellos a quienes se les niegan, en recursos de protección

---

<sup>9</sup> CG 34. Decreto 26, n. 20

<sup>10</sup> *Ex Corde*, Ibid

del medioambiente, personas solidarias con los pobres? Y podríamos alargar la lista.

En relación con esto el trabajo ordinario de los “jesuitas corrientes”, que debatiremos mañana, es sumamente importante, y necesitará una ayuda más seria, y un compromiso y apoyo por parte de nuestras universidades si quiere tener éxito en su ambicioso sueño de promover mayor igualdad en el acceso al conocimiento, para lograr el desarrollo de personas y comunidades.

En segundo lugar, nuestro mundo globalizado ha visto la propagación de dos “ismos” rivales: por una parte la “cultura mundial”<sup>11</sup> dominante caracterizada por un secularismo agresivo que afirma que la fe no tiene nada que decir al mundo y a sus grandes problemas (y con frecuencia dice que la religión en realidad es uno de los grandes problemas del mundo); por otra parte el resurgimiento de fundamentalismos diversos, a menudo reacciones agresivas y defensivas contra la cultura del mundo postmoderno, que huye de la complejidad buscando refugio en una cierta “fe” divorciada de o no sujeta a la razón humana. Y, como dice el Papa Benedicto, “ambos, secularismo y fundamentalismo, excluyen la posibilidad de un diálogo fructífero y una cooperación eficaz entre la razón y la fe religiosa”<sup>12</sup>.

La tradición jesuita del ministerio intelectual, por el contrario, ha combinado siempre una sana valoración de la razón humana, del pensamiento y la cultura, por una parte, y un compromiso profundo con la fe, el Evangelio, y la Iglesia, por otra. Y este compromiso incluye la integración de la fe y la justicia en el diálogo entre religiones y culturas. La formación de los primeros jesuitas, por ejemplo, incluía el estudio de autores paganos de la antigüedad, de las artes creativas, las ciencias y las matemáticas, y al mismo tiempo un curso riguroso de teología. Solo tenemos que considerar la vida y logros de Matteo Ricci, cuyo 400 aniversario celebramos este año, para ver cómo esta formación, que integraba armoniosamente fe y razón, Evangelio y cultura, produjo un fruto tan creativo.

Muchos responden: “Por favor no me compare con Matteo Ricci. Él era un genio”. Acepto la observación. Pero al mismo tiempo, la formación que recibió le dio las herramientas para desarrollar su genio. De ahí que nos preguntemos: ¿Ofrece la formación que hoy damos esas herramientas? ¿Estamos integrados de esa manera? ¿Tenemos una formación tan abierta?

---

<sup>11</sup> Cf. GC 35, Decree 3, n. 10, n.20.

<sup>12</sup> *Caritas in Veritate*, n. 56.

Al extenderse globalmente el secularismo y el fundamentalismo, creo que nuestras universidades están llamadas a encontrar nuevas formas de creatividad, renovando este compromiso con el diálogo entre fe y cultura, que ha sido siempre la nota distintiva del ministerio intelectual jesuita. Esta es la misión que nos ha encomendado el Papado en nombre de la Iglesia. En 1985, durante la CG 33 el Papa Juan Pablo II pidió a la Compañía que “profundizase la investigación en las ciencias sagradas, y en general incluso en la cultura secular, especialmente en los campos literarios y científicos”. Más recientemente esta ha sido la llamada del Papa Benedicto XVI a la Compañía de Jesús, a sus colaboradores y sus instituciones, durante la CG 35. El Santo Padre afirmó que la misión especial de la Compañía de Jesús en la Iglesia es “en las fronteras”, “esos lugares geográficos y espirituales, donde otros no llegan o encuentran muy difícil llegar”, e identifica particularmente como fronteras lugares donde “la fe y el conocimiento humano, la fe y la ciencia moderna, la fe y la lucha por la justicia”, se encuentran. Como observó el Papa Benedicto, esta no es “una tarea fácil” (Carta, nº 5) sino que exige “valor e inteligencia”, y un profundo sentido de estar “enraizados en el mismo corazón de la Iglesia”<sup>13</sup>.

Estoy convencido de que la Iglesia pide este compromiso intelectual a la Compañía porque el mundo actual necesita ese servicio. La postura irracional del fundamentalismo, distorsiona la fe y promueve la violencia en el mundo como muchos de vosotros sabéis por experiencia. La voz desdeñosa del secularismo impide a la Iglesia ofrecer la sabiduría y los recursos de la rica herencia teológica, histórica y cultural del catolicismo al mundo. ¿Pueden las universidades jesuitas hoy, con energía y creatividad, continuar el legado del ministerio intelectual jesuita, y tender puentes entre el Evangelio y la cultura, la fe y la razón, para beneficio del mundo, y de sus problemas e incógnitas?

## CONCLUSIÓN

De acuerdo con la gran tradición jesuita llega ahora el tiempo de la *repetición* —un resumen. He intentado reflexionar con vosotros sobre los retos de la globalización a las universidades jesuita, como instituciones de enseñanza, servicio e investigación. En primer lugar, en respuesta a la globalización de la superficialidad, sugiero que necesitamos estudiar el mundo cultural emergente de nuestros estudiantes, más profundamente, y encontrar formas creativas de promover la profundidad del pensamiento e imaginación, una profundidad que es transformadora de la persona. En segundo lugar, para aumentar el potencial de las nuevas posibilidades de comunicación y cooperación, urjo a las universidades jesuitas a que

---

<sup>13</sup> GC 35, Decree 1, n. 13.

trabajen para formar una red internacional operativa que se ocupe de temas importantes que conciernen a la fe, justicia y ecología, que son retos que trascienden países y continentes. Finalmente para luchar contra la desigualdad en la distribución del conocimiento, animo a una búsqueda de formas creativas para compartir los frutos de la investigación con los excluidos; y en respuesta a la difusión global del secularismo y fundamentalismo, invito a las universidades jesuitas a renovar el compromiso con la tradición jesuita del ministerio intelectual, que media entre la fe y la cultura.

Desde un cierto punto de vista, creo que pueden aceptar todo lo que he dicho y demostrar que las direcciones que indico han sido ya acometidas e incluso seguidas con éxito en vuestras universidades. En este caso, se puede tomar lo que dicho como una manera de invitar al “*magis*” de Ignacio, para formar un mundo nuevo, llamando a algunos ajustes, por así decirlo, de las iniciativas existentes, pidiendo que lo hagamos mejor o hagamos más de lo que ya estamos haciendo, o intentando hacer. Creo que es una manera válida de aceptar esos retos.

Me gustaría sin embargo terminar invitándoos a parar un poco a considerar una pregunta quizás más fundamental que me he estado preguntando a mí mismo y a otros, durante los dos años pasados. Si Ignacio y sus primeros compañeros tuvieran que fundar hoy de nuevo la Compañía de Jesús ¿aceptaría aún las universidades como ministerio de la Compañía?

Ya en 1995 la CG 34 vio que las universidades crecían en dimensiones y complejidad, y al mismo tiempo que los jesuitas disminuían en número dentro de las universidades. En 1995, cuando la CG 34 habló sobre el número decreciente de jesuitas en las universidades, los jesuitas en el mundo eran 22.850. Hoy, en 2010, hay unos 18.250— casi 4.600 menos. No necesito más estadísticas para indicar la magnitud de este reto. Reconozco y estoy muy agradecido por el hecho de que en los pasados 15 años se ha realizado un trabajo creativo y eficaz, centrado en fortalecer la identidad católica e ignaciana de nuestras instituciones, en crear estructuras participativas de gobierno, y en compartir nuestra herencia espiritual, misión y liderazgo con nuestros colaboradores. Reconozco también claramente y me alegro al ver cómo nuestros colegas son verdaderos colaboradores—socios auténticos—en la misión y ministerio de la educación superior de la Compañía. Son maravillosos avances de las universidades, que nos hacen estar orgullosos de ello, y deben continuar, aunque el número de jesuitas siga disminuyendo.

Creo que necesitamos continuar, e incluso aumentar, estos esfuerzos

encomiables por una mejor educación, preparando y comprometiendo a colaboradores laicos en la dirección y trabajo de las instituciones jesuitas. Puedo decir sinceramente que esta es una de las fuentes de mi esperanza en el servicio de la Compañía y de la Iglesia. Si nosotros, jesuitas, estuviéramos solos miraríamos el futuro con dudosa esperanza. Pero con la profesionalidad, el compromiso y la profundidad que tenemos en nuestros colaboradores laicos, podemos continuar soñando, comenzar nuevas empresas, y marchar juntos hacia delante.

Pienso que una manera mejor, quizás la *mejor*, y más fundamental de tratar este punto es situarnos nosotros mismos en el espacio espiritual de Ignacio y sus primeros compañeros y —con su energía, creatividad y libertad— hacernos de nuevo la pregunta fundamental: ¿Cuáles son las necesidades de la Iglesia y de nuestro mundo, dónde somos más necesarios, dónde y cómo podemos servir mejor? Estamos juntos en esto, y esto es lo que debemos recordar, en lugar de preocuparnos por la supervivencia de la Compañía. Os invitaría, por unos momentos, a pensar de vosotros mismos, no como presidentes o CEOs de grandes instituciones, o administradores o académicos, sino como co- fundadores de un nuevo grupo religioso, que discierne la llamada de Dios a vosotros como un cuerpo apostólico en la Iglesia. En este mundo globalizado, con todas sus luces y sombras, ¿sería— o cómo sería— la mejor forma de funcionamiento de estas universidades para responder a la misión de la Iglesia y a las necesidades del mundo? O quizás la pregunta debería ser ¿Qué clase de universidades, con qué prioridades y directivas, llevaríamos, si estuviéramos refundando la Compañía de Jesús en el mundo actual? Invito en todos mis encuentros con jesuitas a re-crear la Compañía de Jesús, porque creo que cada generación tiene que re-crear la fe, tiene que recrear el camino, tiene que prepararse a re-crear las instituciones. Esto no es sólo un buen deseo. Si hemos perdido la habilidad de re-crear hemos perdido el espíritu.

En los Evangelios encontramos con frecuencia “finales inacabados”. El final original del Evangelio de Marcos, donde las mujeres no dicen una palabra sobre el mensaje del ángel en la tumba; el final de la parábola del hijo pródigo, que termina con una pregunta, sin respuesta, del Padre al hijo mayor. Estos finales ambiguos pueden ser inquietantes, y precisamente quieren provocar preguntas y respuestas más profundas, más fundamentales. Tengo por tanto buenos precedentes para concluir mi charla con un final abierto. Espero dejaros reflexionando hasta qué punto los retos que he ofrecido esta mañana se refieren a la mejora de nuestras instituciones, y de la misión y ministerio, para ayudar a formar un mundo más humano, justo, sostenible y lleno de fe, o son llamadas, en cierto sentido, re-fundar lo que Ignacio llamaba “las universidades de la Compañía”.

Traducción del inglés:  
Francisco de Solís SJ, Madrid  
13 de Junio del 2010.